

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 485.

MURCIA 13 DE AGOSTO DE 1899.

La Juventud Literaria

EL NIÑO CALLEJERO

¡Pobrecito! ¿De donde vienes, á donde vas? nadie te busca, nadie te cuida, nadie te espera, ninguno te conoce, todos te desdennan, la Ley te persigue, el amor de Dios no te alcanza!... ¿Lloras? si, tienes razón; llora... también yo he vertido lágrimas de desesperación en las soledades de la Mixteca; pero llora solo, ¡siempre solo! donde nadie te vea, porque ninguno ha de venir á enjugar tus lágrimas; llora allá... lejos, muy lejos! en los ventisqueros de la miseria... Sea; pero que nadie las vea para insultarlas con una sonrisa de desprecio. Es tu destino: el calor del regazo materno te reanimaría y es necesario que caigas como la hoja seca y podrida, arrastrada por el viento: el beso de su amor dado en tu frente, te haría bueno, y es preciso que seas malo... No se mueve la hoja del árbol sin permiso de Dios!

Vamos á cuentas; ¿tú, qué eres, qué representas, con groseros modales, espantosas blasfemias, sucios harapos, negras y descubiertas carnes, descalzos pies y enmarañada melena, en medio de una civilización pulcra brillante y creyente? ¿Eres precito arrojado de otro mundo á cumplir dura condena en el nuestro, para merecer su afrentosa situación? En este caso, ¿dónde pudiste cometer tu falta? ¿Qué has hecho para estar sometido á tan tremenda expiación? ¿Quién sabe! acaso sea el delito de haber nacido anónimo y sin amparo... ¡Pobre átomo, perdido en el vacío de nuestras instituciones, vano empeño interrogarte! Qué sabes tú si hay más mundo que ese antro misterioso formado con el légamo del río revuelto donde le arrojó el azar?... pero ¿qué digo? ¡el azar! bonita disculpa. Dios ó el hombre!

Dios ó el hombre, si; Dios á quien no conoces, á quien no te han enseñado honradamente á conocer más que por la peregrinación dolorosa: el hombre, pasa á tu lado sin mirarte, ¿qué le importas? Y sin embargo, eres su hermano!

Vives en su seno y la sociedad cruza sobre tus desdichas, hollando los girones de tus sucios harapos sin comprender que pisotea pedazos de su alma, detritus de su conciencia... Eres el producto de sus vicios ó de sus virtudes, ó de un falso concepto formado de una y otra cosa, y... qué importa! extraído el oro purísimo, en las retortas de la civilización y de la creencia, se tira la escoria... Esa escoria eres tú; tú, pobre víctima; tú,

inocente resultante de su fe ciga, irreflexiva, absurda... producto natural de la cópula de la mentira y de la hipocresía.

Lo miro, lo toco, y no concibo como puede ser eso, sin una inteligencia acorchada, sin un corazón de hielo, sin una conciencia elástica... falsa, buera, vacía, desprovista de toda idea de la humanidad, de toda creencia, de toda fe... Y la sociedad en que vivimos no es eso, no es así, porque es católica, porque es buena, porque es civilizada, tiene ideas propias, piensa y siente... ¿estarás dormida?... Solo así se explica ese fenómeno que sale á su paso gritándole: «¡alto! eres mi madre porque me repudias? Si no te he hecho mal, ¿por qué me castigas? Si eres Católica y crees en la pureza de la doctrina, como aparentas, ¿por qué me abandonas? Si el error no puede producir más que errores, ¿cómo tú, poseedora de la verdad, de esa ley de Dios que hizo á todos iguales y animados de un mismo soplo inteligente, has podido engendrar el monstruo de esa existencia maldita desde que viene al mundo hasta desaparecer en el presidio ó en la horca?

¡Pobre niño! vas y vienes como la ola... tu flujo, el lodo de tu origen; tu reflujo, las malas pasiones, que arrastran todos los detritus de una época, de una sociedad, acaso de muchas generaciones; fermentados en el pantán de los tiempos!

Producto del vicio vés al vicio y por el vicio vuelves á la nada, — ¡no hay redención! — semejante á los torrentes de las altas montañas, formando al fin río candaloso, que se pierde en el mar de nuestras miserias!...

El amor infame, anónimo, sin conciencia, te dió el ser y corres arrastrado por el huracán del amor libre, ídolo misterioso de millones de adoradores que rinden sus torpes holocaustos, en el secreto de la prostitución, y que se avergonzarían de hacer públicas sus flaquezas... Fruto amargo, de la inhumana explotación de la miseria, en la miseria vienes al mundo que te rechaza, y en la miseria creces, vives y te reproduces, en medio del brillo de una civilización científica, piadosa y culta!...

Vas y vienes... Ciertamente; pero, ¿adonde vas ya que no queremos saber de donde vienes? vas al muladar, donde se tira lo podrido, donde se arroja lo que sobra... ¡Sales del arroyo y caes en la cantina! y allí caerás necesariamente, quieras ó no arrojado por esa misma sociedad, *Gran Galeoto*, que se espanta de que seas malo cuando no supo ó no quiso hacerte bueno; ¡Pobre Saturno de los tiempos! Creas hijos para tener el bárbaro placer de devorarlos; y cuando alguno escapa á tu voracidad, los envileces, embriagándoles con el nectar de todos los vicios, y luego... te sorprendes y escandalizas, haces Códigos, pagas verdugos ó inventas castigos

horribles para defenderte de tu obra! ¡Qué sarcasmo!

¡Pobre niño! de tí no podrá salir más de lo que resulta en las realidades de la vida; una negación, una fiera... hambrienta feroz, todo lo que se quiera, pero en todo caso menos cruel que la sociedad que te engendró con sus iniquidades.

¡Pobre niño! Así vagas sin orientación fija como no sea tu singular oficio... defenderte y combatir á los demás hombres sin trégua ni descanso: tu vida la degradación del odio de clase; tu fin, la afrenta.

¡Pobre niño! De tu cerebro no pueden salir ideas sino volcanes que lanzarán diademas de fuego sobre tu frente descolorida y degradada: y cuando oigas hablar de Dios, de ese Dios todo amor, todo caridad, todo bondad, que hizo hermanos á todos los hombres, exclamarás con ronco acento y centelleante la mirada, buscándolo en el reducido espacio de tu ambiente: — ¿Dónde estás, Dios mío? ¿Dónde estás, hermano de mi alma? ¿Dónde te ocultas, hombre, neblina imagen y semejanza de tu Creador? — y nada responde y nadie te haga caso, y solo oigas los latidos de un corazón profundamente lastimado, y el eco, solo el eco de tu voz, vaya repitiendo allá en las mudas y tristes soledades del vacío, donde está Dios, donde está el hombre, donde está el hermano, hasta perderse completamente como confuso rumor sin escuchar respuesta alguna, entonces... ¡pobre niño! mirarás para dentro ¡y comprenderás la carejada del Angel Caído.

EDMUNDO MAC-COSTELLO.

SILUETAS

Se colocan debles llaves, y está sin dinero el arca, no hay Cuba ni Filipinas, pues triple ejército á España.

Se ha publicado una obra que entre otras cosas enseña, modo de esquilvar á un haeco, por un ministro de Hacienda.

Ha principiado el verano, y el calor sentir se deja pero en bastantes ciudades, no es calor, es llama intensa.

Meterse con el que haye y apedrear catedrales,

es tirar la libertad, en el fango de la calle.

A los mineros lastima las cuotas que les agregan, guardése el bulto á las gentes que andan debajo de tierra.

A los maestros de escuela les perdonan el descuento, si no han de cobrar sus pagas á que viene ese plancheo,

Con un gallo malagueño riñe un pollo de Antequera aquel, los golpes en vago, este, duro y á la cresta

Si á los hierros hechan cuota que le pongan la mas alta, asi no saldrá mi rubia con otro á pelar la pava.

Vecina, quite la jaula que bien pudiera el ministro echarle contribución al saber «que canta el grillo.»

EL DE LAS TRES ESTRELLAS



UN REFLEJO

—(105)—

Contemplando aquel espejo que, á cambio de otro, me disto se ve mi faz en él triste, y hoy te envío su reflejo. Tú también te mirarás, sucediéndote lo mismo. ¡Que no es cuestión de espejismo nuestros amores, no más! Por eso, coleccionados, tengo espejo, lazos, flores; como presentes de amores que nos tenemos jurados. Emblema de poesía que me hace vivir pensando que me seguirás amando como yo... más cada día.

ANGEL VERGARA DE PRADA

